

ENCUENTRO LATINOAMERICANO ESTUDIANTES DE UNIVERSIDADES CATOLICAS

Extensión. 3.IX.90

Quiero darles una cálida bienvenida a esta universidad, y me gustaría hacer énfasis en la importancia que puede alcanzar el que la juventud de nuestras universidades católicas se reúna en torno a los grandes problemas que enfrentamos.

El Episcopado latinoamericano reunido en Puebla, se refirió a la "evangelización constituyente de América Latina" como uno de los "capítulos relevantes de la historia de la Iglesia". En el fondo de nuestra identidad latinoamericana, se halla ese carácter católico que plasmó nuestro ser colectivo. Si nos olvidamos de esa impronta católica, no se entiende nada de la historia ni del destino de nuestros pueblos. Y ahora nos vemos llamados a un nuevo esfuerzo de evangelización, precisamente en esta época de profunda y universal renovación cultural, justamente porque "la acción evangelizadora de nuestra iglesia latinoamericana ha de tener como meta general la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura".

Lo que podríamos llamar nuestra propia y específica corriente cultural americana está hoy en interacción con formas culturales de alcance planetario, que deben ser contrastadas, asumidas y vitalizadas de acuerdo a nuestros propios valores.

Quisiera recordar dos rasgos esenciales de la cultura contemporánea, a los cuales no nos podemos sustraer, y a los que debemos dar su profundo significado en la perspectiva de la creación de Dios.

El primer rasgo, notablemente novedoso, que no se encontró en otras épocas de la humanidad, es este de que los hombres de hoy sienten que el desarrollo, personal, social, espiritual y material, económico, científico, técnico, es propio de la condición humana. En una u otra forma, a veces muy desviada o desorientada, el hombre y la mujer de hoy miran el desarrollo como el sello de su propia dignidad.

Y tienen razón. Porque ese desarrollo es "la expresión moderna de una dimensión esencial de la vocación del hombre"...."La historia del género humano, descrita en la Sagrada Escritura, incluso después de la caída en el pecado, es una historia de continuas realizaciones, que aunque puestas en crisis y peligro por el pecado, se repiten....como respuesta a la vocación divina señalada desde el principio al hombre y a la mujer..." Y por lo tanto, "Es lógico concluir, al menos para aquellos que creen en la Palabra de Dios que el "desarrollo" actual debe ser considerado como un momento de la historia iniciada en la creación.....que corresponde fundamentalmente a las premisas iniciales" Y por lo tanto "Quien quisiera renunciar a la tarea difícil, pero exaltante de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres, bajo el pretexto del peso de la lucha....o incluso por la experiencia de la derrota...faltaría a la voluntad del Dios Creador".

El segundo rasgo que quiero destacar en la cultura contemporánea, es la interdependencia. Desde luego entre las naciones. Un arrebato de violencia en el Golfo Pérsico, golpea antes de un mes en todos los hogares de la tierra. Los desordenes ambientales de un hemisferio, repercuten en cortísimo plazo en el otro. Las formas culturales, artísticas, religiosas, se propagan con inaudita rapidez. Los mercados internacionales operan de modos prácticamente instantáneo, sobre las condiciones de producción, las relaciones sociales, los índices de empleo. Los grandes temores, como la catástrofe ecológica, la guerra nuclear, el SIDA, extienden su sombra sobre todo el planeta en forma simultánea. Nadie puede sustraerse a esta condición. El que cree que su aislamiento le asegura una vida relativamente independiente como fue la de sus antepasados, se está engañando, está cerrando los ojos. Nosotros los católicos, oímos en esa

interdependencia la voz de Dios que nos recuerda que somos una sola familia humana, que estamos llamados a un destino común. Y la respuesta social que da nuestra fe a esa realidad omnipresente, es la solidaridad. "Esta no es un sentimiento superficial por los males de tantas personas cercanas o lejanas. Al contrario, es la voluntad firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir por el bien de todos y de cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos".

Así, cada uno de estos dos valores distintivos de la cultura contemporánea, responde a un aspecto del mensaje evangélico que lo ilumina, y lo transmuta para el Reino de Dios: para el desarrollo, la creatividad según la intención de Dios; para la interdependencia, la solidaridad.

Es aquí donde se hace presente la inmensa responsabilidad del universitario católico, y de la universidad católica. Ellos deben penetrar desde dentro, dominar, interiorizarse en las ciencias naturales, sociales y humanas, en las tecnologías, en todo lo que hace posible el desarrollo. Y ellos están destinados a que este fruto de desarrollo penetre en la grande y compleja red de las relaciones humanas, como un vehículo de solidaridad. En la medida en que lo logremos, conseguiremos que nuestra cultura latinoamericana le haga un aporte creador a la cultura universal, y que los valores de esta nos vivifiquen en lugar de desintegrar nuestra propia identidad. Sustraernos al complejísimo mundo de la ciencia y de la tecnología, a la complicación creciente de nuestra vida intelectual y de nuestra organización universitaria, sería negarnos a vivir.

Y la responsabilidad, si me permiten la expresión, específicamente latinoamericana para hacer reales y operantes la creatividad y la solidaridad, pasa por la difícil tarea de sostener nuestra propia identidad cultural. Desde hace casi tres siglos, ella se ve puesta reiteradamente en cuestión. Y en nuestro tiempo, aunque no lo parezca, este cuestionamiento es más profundo y más peligroso que en otras épocas. Porque está quedando en evidencia que América Latina, a pesar de su enorme tamaño, de sus riquezas humanas y materiales, de su fuerte

tradición cultural, ocupa un sitio casi marginal entre los grandes pueblos de la tierra: un continente a la deriva decía alguien solamente ayer. Las decisiones que nos afectan no se toman aquí. Los rumbos de nuestra propia historia nos son marcados desde fuera. Exportamos talentos y materias primas, en vez de exportar obras que enriquezcan el acervo de la humanidad. Nuestro crecimiento económico es penosamente insuficiente; crece el número de pobres y aumenta su pobreza; el número de malnutridos se incrementa en una alarmante proporción: en pocos años hemos pasado de 50 a 55 millones. El medio ambiente se deteriora por la desertificación, por la erosión, por la destrucción de las selvas, por la contaminación atmosférica. Nuestra convivencia social se desintegra por el crecimiento inorgánico de inmensas megápolis a las que acuden muchedumbres desde las zonas rurales, empujados por la desertificación de sus tierras o por el precio insuficiente de sus productos. Nuestra iniciativa económica se ve aplastada por frondosas burocracias que relegan la creatividad popular al campo de la economía informal. Y frente a tan grandes desafíos, nuestra inventiva científica y tecnológica se mantiene peligrosamente baja. Las formas rigurosas y exigentes de pensamiento no encuentran acogida. A veces parece que sólo nuestra retórica sigue floreciente.

Entonces sobreviene la gran tentación, la de renegar de nuestros valores propios, culpándolos a ellos de nuestro atraso y nuestra marginalidad.

Y esa es entre nosotros una tentación vieja, y que está alimentada por la determinación tan propia de la Edad Moderna y de la Edad Contemporánea, de negarle a la fe católica su espacio público de expresión. Los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla señalaron una gran verdad, al decir que en nuestra América, la evangelización es un hecho constituyente. Ninguno de los excesos, ni los verdaderos, ni los inventados, podría ocultar el hecho sencillo de que este es un continente de honda raigambre cultural católica. Y desde el siglo XVIII, todos los que querían destruir esa raíz, se han encarnizado contra nuestra identidad cultural.. En oleadas sucesivas, el racionalismo de la ilustración, el positivismo, la lectura de la historia de la salvación en clave marxista, la filosofía neo-liberal, todos traen el mismo mensaje, bajo envoltorios distintos: "Si ustedes

quieren incorporarse a la civilización, si quieren gozar de los beneficios de la cultura moderna, despréndanse de las trabas de esa Iglesia". Y a esta la han llamado sucesivamente desde puntos de vista cambiantes, irracional, anticientífica; la han acusado de reproducir en su estructura institucional las formas de opresión capitalista; le han atribuído que ahogaba el espíritu de profecía o bien, le han reprochado oponerse al avance liberador de la modernidad y la secularización.

Es ilustrativa una de las últimas formas con que se trata de sacar a la Iglesia del campo de lo social, del espacio público, la que se da en el ataque pertinaz a los valores esenciales de la vida familiar. Políticas demográficas antihumanas, la legitimación de la libertad sexual, de la contracepción, del aborto, van directamente en contra de esta "iglesia doméstica" que es la familia. El mundo individualista aborrece a la familia que le aparece como una forma de coartar la libertad; para el mundo colectivista ella es como un modo de ineficiencia institucionalizada; para el hedonismo consumista, una fuente aberrante de privaciones inútiles. Pero ¿qué quedaría de nuestro propio continente, de nuestra propia cultura, si ese valor central de nuestra vida espiritual y nuestro tejido social, se viera reducida a una simple opción, legítima tal vez en lo interpersonal, pero socialmente inútil?

Una identidad cultural latinoamericana que purificar, reivindicar, sostener. Una cultura contemporánea, adveniente, preñada de valores maravillosos, pero que piden ser insertados en Cristo, por la evangelización de la cultura. Una tentación secular, hoy renovada, que resistir y superar. No podría haber tarea más hermosa y exigente para una juventud. Pero la tarea está marcada además por el sello de una urgencia que los reclama. Esos males que aquejan a nuestro continente y a los que aludía más arriba, configuran una tarea urgente, que deberá resolverse de modo sustancial por esta generación a la que representan ustedes, a quienes les está negado el refugio en la ensoñación y la utopía, que están llamados a una obra de esfuerzo, de consagración y de realismo. En un mundo crecientemente inhumano, América Latina guarda un tesoro de cordialidad y de cálido sentido

humano, herencia de esa misma riqueza de su evangelización. Tienen algo muy valioso que transmitir a la humanidad de la cual tienen tanto que recibir. Y el nivel de desarrollo y de progreso social, productivo y científico, alcanzado por muchos sectores de nuestro continente, y conquistado con mucho esfuerzo, los pone a ustedes en posición de intentar pasos decisivos.

Pero les recomiendo, que piensen en los plazos que se acortan, que miren por ejemplo a nuestros problemas ambientales, que no nos van a esperar veinte años, para que al verlo entiendan que están requeridos con una urgencia singular.

No se trata de imitar, sino de crear. No se trata de renunciar a nuestros valores, sino de profundizar en ellos. No se trata sobre todo de dejarse deslumbrar por el éxito efímero de los que usan mal de los dones de Dios. Cualquier hombre de mi edad ha visto surgir como irresistibles, y a veces tentadoras, a formas de vida o de dominio que querían edificar un mundo de espaldas al hombre, a "la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma", y que han terminado derrumbándose trágicamente. Y cuando evoco esas experiencias, me parece que mi generación hubiera vivido un reflejo de la visión contenida en el libro del profeta Daniel, cuando vió levantarse sucesivamente a reinos simbolizados por monstruos espantosos que pretendían el imperio y que caían estrepitosamente por tierra, hasta que el reino le fue entregado no a ellos, sino a uno que tenía el aspecto sencillo y humilde de un hijo de hombre. Ese es el que nos fue anunciado, el que está presente en cada uno de nuestros hermanos a cuyo servicio tenemos que consagrar nuestro esfuerzo espiritual y material, nuestro anuncio de la palabra, nuestro afán cultural, científico, artístico, técnico y productivo, todo lo que en nosotros es testimonio de nuestra condición de hijos de Dios, imagen del creador y miembros de una gran familia llamada a gozar de El.

